

La bondad que de su alma refulgía
Y el costoso saber de la experiencia.
En su carácter todo era armonía,
En sus acciones todo fué eminencia;
Y el libro de la Historia, libro eterno,
Llamará su gobierno un buen gobierno.

La de la derecha de ésta:
Qui curavit gentem suam, et liberavit eam a perditione.
Eccl. I. 4.

Ambulavit in conspectu tuo, in veritate et justitia et recto corde.

Reg. lib. III. c. III. 5.

La del lado izquierdo:
Ascenditque Angelus Domini de Galgalis ad locum fletium.
Jud. II. 1.

La del centro en el lado Oriente:
Quomodo cecidit potens qui salbum faciebat populum Israel?

La de la derecha de ésta:
In memoria aeterna erit justus.

Ps. CXL 7.

La de la izquierda:
Qui fecerit, et docuerit hic major est in regno coelorum.
La del centro en el lado Norte:

*Acércate, niñez, aquí, sin miedo
A tantos atributos funerales;
Venid también los que con paso quedo
La piedad implorais de los mortales:
Quién duerme en esta pira fué el que ledo
Fundó tantas escuelas parroquiales;
Y fué el padre, el consuelo y el abrigo
Del triste, del enfermo y del mendigo.*

A la derecha de esa octava:
Rectus, ac tímens Deum.

Job. I. 1.

Y á la izquierda:
Fungi sacerdotio, et habere laudem, et glorificare populum suum in nomine ejus.

Eccl. XLV. 19.

Perfecta concordancia había entre los ocho salientes de las estatuas y otras tantas columnas de orden dórico, amar-molañas de color jalde, con cornisamento del mismo tinte, que formaban cuatro aéreas portadas, y en contorno del arquítrabe se desarrollaba esta otra inscripción en grandes letras de oro:



EL CATAFALCO.

Metropolitana Ecclesia Guadalaxarensis Ilmo. ac Reverendísimo Archiepiscopo D. D. Petro Loza.

Del interior del friso descendían negras cortinas de terciopelo, guarnecidas de galones, flecos y borlas de oro, bisecadas y los extremos de las cuales se replegaban en el tercio superior de los fustes ó cañas de la columnata.

En el centro del área ocupada por ésta, se colocó un túmulo urniforme, que en su color imitaba mármol jaspeado de blanco y negro, con filetes de oro, y que fué cubierto en gran parte por un aterciopelado paño de tumba, con orlas también de oro.

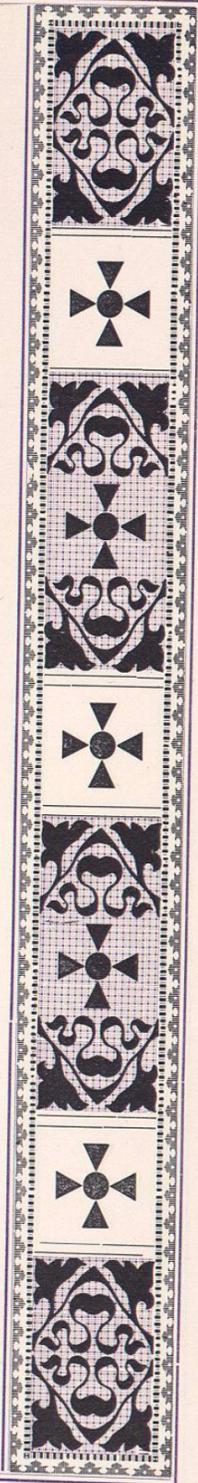
Los ángulos del cerramiento del cuerpo principal estaban adornados por pedestales de color ambarino que elevaban sobre sí unos angelitos portadores de las diversas insignias episcopales; y superaba la cornija, por el lado oriental, el escudo de armas que usó el Ilmo. Sr. Loza, escudo mariano, como el de la Asunción que tuvo por suyo otro de nuestros Prelados, el Ilmo. Sr. Dr. D. Nicolás Carlos Gómez de Cervantes: una imagen de la Purísima Concepción; y timbrando esas armas el sombrero forrado de sinople, debajo de él la cruz simple trebolada de oro y con los entrelazados cordones de seda de aquel mismo color heráldico, terminados en diez borlas á cada lado, y dispuestos aquéllos y éstas conforme á las prescripciones del arte respectivo.

Finalmente, terminaba el monumento en una alta pirámide cuadrangular, color de sepia, coronada por una aurignosa cruz griega, sobre la que distendía un inmenso pabellón de terciopelo negro con alhamares de oro sus largos gajos, que iban á prenderse por sus extremos en las cuatro macizas columnas estriadas que reciben la bóveda bajo la cual se levantó el imponente catafalco.

El aspecto, la propiedad y la nobleza, esas condiciones que constituyen la gran cualidad que se llama *decoro artístico*, no podían haber sido definidas con mayor esmero en los variadísimos detalles de la ornamentación, como lo fueron entonces por el Sr. Presb. D. José María Plasencia, Sacristán segundo de la Catedral, atinadamente encargado de disponerla.

No menos bien acordadas habían sido las medidas de orden que dictó la Comisión Capitular para la colocación del concurso en las solemnes exequias: dos mil y quinientos asientos poco más ó menos, se destinaron á los invitados, que desde media hora antes de que se abrieran á todo el pueblo las puertas del templo, eran introducidos por la de la Capilla de la Purísima y por la de la espalda del edificio.

El espacio que media entre el gran zócalo del altar mayor



y la barandilla de mármol y bronce del comulgatorio se reservó al Sr. Gobernador del Estado, (quien oportunamente dió aviso de que no asistiría á este acto, por tener que despachar los negocios de su cargo, á fin de quedar expedito para concurrir al sepelio,) el Cuerpo Consular y los Representantes de las otras Diócesis.

La mayor parte de la nave del centro le correspondió al Clero secular y regular, al Seminario Conciliar y á los miembros de las Asociaciones de Beneficencia y de Piedad, que asistieron llevando sus insignias y sus estandartes, estos últimos ennegridos en negros paños ó provistos de lazos significativos de duelo.

El extremo de la misma nave, ó sea el espacio comprendido entre la pira y la puerta principal, así como la nave del Sur, fueron los lugares que se dedicaron á los invitados de carácter meramente particular.

Y la nave del Norte, que en su parte oriental estaba ocupada por una extensa plataforma adherida al zócalo en que se yergue el hermoso templete y con destino á la reforzada Capilla de música, se designó para el concurso proveniente de los Establecimientos de Instrucción y Beneficencia, llevando la preferencia de lugar los primeros, y de entre los miembros de unos y otros quienes pertenecían al sexo femenino.

Tan acertada como fué la regularidad en la colocación, resultó asimismo el acuerdo preventivo de que los diversos Cuerpos numerosos concurrieran sólo por medio de grupos de determinados representantes, en esta forma: tres personas nomás asistirían como delegadas de cada una de las Asociaciones de Beneficencia, cien colegiales por el Seminario, veinte alumnas por el Colegio de las Damas del Sagrado Corazón de Jesús, otros tantos alumnos por el Instituto de San Ignacio de Loyola, y tres tan sólo por cada una de las demás escuelas.

Con todo, se estimó en cuatro mil almas la cristiana y piadosa concurrencia reunida allí, en la casa de luto, tan sabiamente preferida por Salomón á la casa del convite, *porque en aquélla se recuerda el fin de todos los hombres, y el que vive piensa lo que ha de ser.*

Fuera de eso, dábale una majestad extraordinaria al funeral la presencia de cuatro Príncipes de la Iglesia, pues aparte del Illmo. Sr. Arzobispo de Linares, asistían al solemne acto los no menos ilustres Prelados de Colima, Zacatecas y el Saltillo, Sres. Silva, Portillo y Portugal.

Así las cosas, entraron el féretro y su cortejo, siendo aquél conducido al sarcófago y depositado en el túmulo, cabe el



cual, de pié, le aguardaban algunos de los más encumbrados personajes de la jerarquía eclesiástica.

Y dió luego principio la Vigilia, rito en que la Iglesia se muestra como una tierna madre lamentando la pérdida del hijo que acaba de descender á la tumba, pero que también llena de fé en la palabra divina se consuela pensando en que no está lejano el instante en que aquél despertará de su sueño pasajero; y á la vez muestra á sus vástagos vivos, como saludable ejemplar, el destino que les aguarda cuando sus ojos se cierran á la luz, aunque suaviza la tremenda lección que los llena de pavor, con las expresivas plegarias que dirige al cielo, implorando para el muerto un estado más feliz y la gloria eterna; bondadosa solicitud que inspiró á un genio esta sublime comparación: "así la tierna paloma reblandece en su pico la semilla que ha de dar á sus polluelos."

La Vigilia ejecutada fué la del Maestro español D. Pablo Hernández, producción que está en concordancia con el maravilloso poema fúnebre cuyos profundos conceptos van á llevar al buen creyente el íntimo conocimiento de que "mejor es el día de la muerte que el del nacimiento."

Debemos una brillante descripción de esa obra musical á la pluma de un renombrado literato que ya hemos citado aquí mismo con elogio, y como, por más que con modestia diga el autor que no tuvo el ánimo de exponer en detalle las bellezas en que abunda la mencionada obra, no pudieran ser por nosotros más bien señalados los efectos de la referida composición que lo que lo fueron en ese escrito, hacemos ésto literalmente nuestro: "Los ayes del sepulcro, dice, los dolores y lamentos de ultratumba, los terrores de la eternidad, la nostalgia del cielo, el anonadamiento del alma ante el Supremo Juez, la miseria del hombre, la velocidad del tiempo, la horrible fealdad y monstruosidad del pecado, el pavor que infunden las eternas penas: todo eso viene á la mente, todo angustia el alma y oprime el corazón, todo hace brotar el llanto, al escuchar las gemidoras armonías con que esa composición musical expresa las ideas que el Oficio de Difuntos contiene. Imposible es no horripilarse, y que no se erice el pelo; difícil es no suspirar, no gemir, no derramar sentidas lágrimas, al asistir, escuchando los acentos de esa *Vigilia*, al tremendo drama que, en la antesala de la eternidad, en ese el más tremendo de los escenarios, tiene lugar entre el alma y Dios, entre el reo y el Juez infinito, ante cuya majestad los Querubines tiemblan y los Serafines vélan e ruborosos el rostro con sus blancas alas"

Luego que se terminó esta primera parte de las exequias,

